

Ediciones
1^{ta}
Bistagne

Esmeralda *la zingara*

CHARLES LAUGHTON

y

MAUREEN O'HARA



Esmeralda, la zíngara

Dramático asunto, de gran éxito

Exclusiva
JUCA—ASTORIA

Dirección de
WILLIAM DIETERLE

Distribución
ASTORIA FILMS, S. A.

Principales intérpretes: Charles Laughton—Maureen O'Hara — Edmond O'Brien — Thomas Mitchell—Sir Cedric Hardwicke—Alan Marshall—J. Walter Hampden.

EDICIONES BISTAGNE — Pasaje de la Paz, 10 bis — BARCELONA

ESMERALDA, LA ZINGARA

SINTESIS DEL ARGUMENTO

Al finalizar el siglo XV, cuando Europa empezaba a experimentar cambios de consideración, Francia conseguía la paz, después de una guerra que duró cien años. El pueblo, bajo el reinado de Luis XI, se sentía feliz y dispuesto a esperar y a soñar en el progreso. Pero aun perduraban las supersticiones y prejuicios que atajaban los espíritus aventureros de los hombres.

Luis XI, acompañado de su Justicia Mayor, el siniestro conde Frollo, visitó la primera imprenta establecida en Francia, propiedad de maese Fisher. Y esta sencilla visita fué la causa de todos los acontecimientos que la siguieron, puesto que el Justicia Mayor, irritado por la infantil curiosidad del rey y la benevolencia con que acogió el nuevo elemento de

cultura, juró mandarla destruir; también, inducido por su espíritu fanático y altivo, decretó la prohibición de que los gitanos pudieran vivir en centros de población.

Llegó la fiesta del Rey de los Locos y una gran muchedumbre, habitante en los contornos, entró en la ciudad sin ningún tropiezo. Pero muy distinta fué la suerte de los gitanos. Se les cerró el peso en virtud de la nueva ley que les impedía penetrar en recinto amurallado sin un permiso especial. No obstante, una hermosa y joven gitana llamada Esmeralda logró burlar la vigilancia y corrió hacia el lugar de la fiesta con el propósito de pedir al rey justicia para su pueblo.

La enorme plaza erigida en escenario del festival se llenó

pronto, de bote en bote, de gentes ávidas de las distracciones que les ofrecían los juglares y atletas; mientras tanto los ladrones y mendigos de la Corte de los Milagros, temible asociación de vagabundos y malhechores, se ocupaban en vaciar los bolsillos de los incautos.

Los nobles acompañaron a Luis XI y a Frolo a la tribuna y se entretuvieron contemplando las piruetas de un hombre que, subido en una pelota, se obstinaba en demostrar que la tierra era redonda, hasta que un aviso del rey guió su atención hacia el tablado en donde empezaba a representarse una farsa escrita por el joven poeta Pierre Gringoire.

Pero, molestos los mendigos al ver que la comedia estropeaba sus negocios, se quejaron a su rey, Clopin, el cual intervino con el resultado de que Gringoire fué abucheadado y ahuyentado bajo una lluvia de hortalizas.

—¡Estúpidos! ¡Borrachos! Os ofrezco la verdad...—gritó el joven poeta.

—No queremos tu verdad. ¡Vamos ahora a elegir al Rey de los Locos!

Era esta una curiosa costumbre de la Edad Media, que consistía en escoger entre los ciudadanos más feos de París al más horrible de todos y coronarlo señor de la fiesta.

En contraste con la espantosa fealdad de los aspirantes al premio, la hermosa Esmeralda bailaba ante el rey y los cortesanos, atrayendo a un número creciente de personas, y siendo admirada por toda la nobleza y más que todos por el apuesto capitán Febo. Frolo protestó contra esta admiración general, alegando que la bailarina era gitana, pero no pudo impedir que el propio Luis XI la gratificara con media libra.

En el momento en que Esmeralda recogió el regalo del rey, palideció y lanzó un grito, señalando a unas maderas. Había visto brillar unos ojos. La gente se enfureció y capturó al atrevido tras de unos minutos de lucha. Era el campanero de Nuestra Señora, jorobado y hercúleo, que, según la gente, daba mala suerte al que le miraba.

El Justicia Mayor quiso intervenir y libertar al desgraciado, pero el rey se lo impidió y el campanero fué arrastrado al lugar de la elección; y poco más tarde, entre grandes muestras de alegría, era proclamado Rey de los Locos. Verdad es que costó hacerle entender el designio del pueblo, dado que las campanas le habían dejado sordo, más una

vez hubo comprendido el fin de la coronación, le enorgullecieron las demostraciones de acatamiento que le tributaron.

Frolo, después de tascar el freno unos instantes, montó en su caballo, arrebató al campanero al populacho y se lo llevó a la catedral, aguando la fiesta a los ciudadanos y originando un alud de protestas.

El festival se consideró terminado al desaparecer el Rey de los Locos. Una nube de pedigüños se precipitó hacia el estrado real, exigiendo el pago de los gastos de los espectáculos. Esmeralda creyó aquél el momento oportuno para pedir gracia y empujó a los que la rodeaban, haciendo que los soldados se fijaran en ella y reclamaran la exhibición del permiso de entrada.

Por toda respuesta, la gitana echó a correr y no se detuvo hasta estar en el interior de Nuestra Señora. El Arzobispo de París, hermano de Frolo, se encargó de detener a los perseguidores, mencionando el derecho de asilo, gracias al cual los que se refugiaban en un templo eran considerados fuera del poder de la ley de los hombres.

Una vez hubo tranquilizado a la gitana, el Arzobispo dispuso que la condujeran al campanario y que el campanero se cuidara de ella. Mas el campanero no había regresado aún y las primeras noticias que de él tuvo el Arzobispo se las proporcionó Frolo:

—Ha dado un espectáculo ante el rey—le dijo—. Tienes que volver a decirle al campanero, enérgicamente, que no tiene nada que ver con la gente que habita fuera de la Iglesia.

—Tú tienes sobre él mayor influencia. Fuiste tú quien le recogió en las gradas de esta Iglesia, no yo—le contestó el Arzobispo.

Un monje anunció a Esmeralda que el campanero había vuelto, pero ella no le prestó atención. Miraba a una imagen de la Virgen y, al oír la explicación de su acompañante, se arrodilló ante ella e imploró ayuda para su pueblo, depositando una humilde joya, la única que poseía, a sus pies.

Frolo la sorprendió en aquel momento y la afeó su conducta, puesto que había bailado y pecado por consiguiente. Pronto, sin embargo, a pesar de haber visto escrita Esmeralda en la mano del conde el destino del criminal, supo éste

dulcificar su aspereza y convertir el odio que sintiera contra los gitanos, en amor hacia ella.

El rey, mencionado varias veces por la joven durante sus súplicas, salió de una capilla cercana y prometió a Esmeralda enviar la respuesta de su decisión al deseo de gracia para los gitanos que ella pedía a la imagen de la Virgen. Fué evidente que había oído toda la conversación sostenida entre Esmeralda y el Justicia Mayor.

La esperanza que la promesa del monarca había encendido en su pecho, se borró al saber que Frollo no estaba dispuesto a permitir que fuera en busca de su pueblo y le comunicara la nueva, antes bien quería mantenerla en su poder y hacerla víctima de su pasión. Y los deseos de huir de la gitana, se transformaron en franca huída al tener delante al horrible campanero.

Este la persiguió por las calles de París y llegaron a los barrios bajos. Sin darse cuenta de ello, pisotearon a Gringoire, que dormía en un montón de paja y que se encargó de dar la voz de alarma.

Providencialmente, se presentó Febo, capitán de la guardia del rey, con dos de sus soldados y lograron capturar al jorobado y libertar a Esmeralda. En cuanto ésta vió al capitán se enamoró de él y se separaron prometiendo recíprocamente volver a encontrarse.

Unas mujeres desgrefñadas, atraídas por el alboroto, se hicieron cargo de la joven y así ésta ingresó en la Corte de los Milagros, donde, minutos más tarde, Clopin y su mujer le daban el beso de bienvenida.

En cuanto Gringoire se hubo despedido de Febo, vióse rodeado de una turba de mendigos y el poeta, que aborrecía la suciedad y la fealdad más que otra cosa, fué retrocediendo asqueado y, antes de darse cuenta, penetró en la Corte de los Milagros, donde los ciegos veían y los cojos andaban, como dijo al ser llevado a la presencia de Clopin.

El rey de los mendigos y la reina simpatizaron con Gringoire a primera vista, pero, a pesar de ello, las leyes que se aplicaban en sus dominios determinaban que todo el que no fuera vagabundo o ladrón y apareciera en la Corte debía ser ahorcado en el acto... y el verdugo pasó la cuerda por su cuello.

Viendo que se aproximaba su último momento, su inge-

nio discurrió un ardid y suplicó que le dejaran con vida, ya que de esta manera podría, no sólo componer versos en su honor, pero también llegar a ser un buen ladrón.

—Tendremos que someterte a una prueba y entonces veremos si sirves para algo—dijo Clopin halagado.

Bajaron del techo un muñeco cuajado de cascabeles y le ordenaron que robara un bolso sujeto a él, subido en un estrecho taburete y estando a la pata coja. Naturalmente, Gringoire, al que el pavor le hacía temblar como un azogado y habiendo oído que en caso de que fracasara sería ahorcado, perdió el equilibrio al probar y, agarrándose al muñeco, cayó tan largo como era al suelo.

Súbitamente, la reina propuso para salvarle que alguna de las mujeres de la Corte se casara con él. Nadie aceptó el ofrecimiento y Gringoire cerró los ojos cediendo a lo inevitable.

—¡Esperad, esperad!—suplicó Esmeralda.

Para evitar que lo ahorcaran consintió en ser su esposa y se celebró en el acto la ceremonia de rigor, con gran contento de Gringoire al ver salvada su vida y al obtener a la muchacha que había admirado en varias ocasiones durante aquel día. Con gran algazara fueron llevados a la cámara nupcial y les dejaron solos.

Cuando rompieron el embarazoso silencio, subsiguiente a su inesperada boda, se enteró Gringoire de que había sido un iluso. Esmeralda solamente se había casado con él por lástima. Le confesó que estaba enamorada de Febo. El agradecimiento impidió al poeta reprochar a la gitana su desilusión y propuso que le considerase como un hermano suyo.

Esmeralda le preguntó si sabía hacer juegos de manos. Obtuvo una contestación negativa y ella empezó a enseñarle algunos. Cuando estaba más entretenido el nuevo súbdito de la Corte de los Milagros en aprender uno, oyó un gran escándalo en la sala y, entreabriendo la puerta, la vió invadida por soldados con orden de detener a todas las gitanas. Y con gran sorpresa advirtió que Esmeralda había desaparecido misteriosamente.

Al día siguiente, Frollo ardía de rabia. No había logrado apoderarse de la mujer que amaba, haciendo inútil el mandato de apresar a las gitanas y además carecía de noticias del campanero.

El desgraciado jorobado fué presentado al juez ordinario y no pudo contestar sus preguntas. Como también el juez era sordo se indignó por lo que creía una burla y le condenó a recibir cincuenta latigazos por su intento de raptó y a estar expuesto en la picota durante una hora.

A renglón seguido, le condujeron a la plaza de Nuestra Señora y dieron comienzo a su castigo. La ira que el intento de raptó de Esmeralda por el campanero había despertado en todos los ciudadanos de París no fué compartida por Gringoire, que, decidido a poner fin al suplicio, se entrevistó con el Arzobispo, de quien esperaba conseguirlo por ser hermano del Justicia Mayor. Y la conversación que sostuvieron fué breve.

—El campanero pertenece a las gentes de esta Iglesia, ¿no es cierto?—dijo.

—Sí, pero por haber intervenido en las cosas del mundo exterior, ha de aceptar sus leyes—le respondió con tristeza el Arzobispo.

La detención y la pena que sufría el jorobado fué conocida por Frollo cuando estaba en un consejo. Rápidamente lo disolvió y cabalgó en su caballo. Por veloz que fuese, llegó tarde; ya había acabado el suplicio y empezado el período de exposición en la picota.

Un gran silencio acogió su presencia, el campanero dejó de pedir agua y le miró esperanzado. Pero, víctima de una terrible vergüenza, pasó sin mirarle, con gran desencanto de todos, en especial de Gringoire. Este, sin embargo, olvidó su compasión ante el regreso de Esmeralda.

—Fuí a ver a los míos y les dije que el rey ha prometido ayudarnos.

Quedó explicada con esto su desaparición. El campanero prosiguió pidiendo agua y Esmeralda, en un piadoso impulso y sin considerar el daño que la había causado, le dió de beber, conquistando de esta forma un aliado, leal hasta la muerte.

Poco después de soltar al jorobado de la picota, y en los días siguientes, todo el pueblo de París, desde el rey hasta el último mendigo, tuvo que decir que se había vuelto loco, porque sin razón aparente tocaba las campanas a cualquier hora, murmurando el nombre de Esmeralda. Su gratitud se había transformado en amor.

Cierta noche Gringoire y Esmeralda fueron alquilados para entretener con sus juegos y sus bailes, en los que el primero ya era un maestro, a la nobleza. Esmeralda habló con él hasta que le llegó el turno, pero no se quedó sola, pues, silencioso como un espíritu, se le presentó el conde Frollo.

—¿Qué hice yo? ¿Por qué me perseguís?—gimió la joven.

El terror de ella le agobió. Estaba mortalmente enamorado, peligrosamente, pues en un hombre como él, el amor era propenso a extraviarse con la mayor facilidad por otros derroteros. Y en aquel momento sentía unos celos rabiosos de los espectadores que la verían bailar.

Quiso detenerla, pero fué tarde. Esmeralda bailó ante los nobles y observó que entre ellos estaba Febo. Reconocióla éste y sin decir una palabra la guió hacia un rincón apartado del jardín. Allí le confesó su amor, mas la enamorada joven comprendió que lo que así llamaba era indigno de la llama que ardía en su pecho.

Iba a rechazarle, cuando un roce de pies le advirtió que alguien la espiaba y puso sobre aviso al capitán, sin otro resultado que se riera de su temor. Y pagó caro su descuido.

Los danzarines fueron atraídos por un grito de Esmeralda y la hallaron arrodillada al lado del cadáver del capitán Febo, junto al cual brillaba una daga que varios reconocieron como de la gitana.

Como es de sospechar, Esmeralda era inocente. El verdadero culpable, Frollo, fué en busca de su hermano a pedirle refugio. Confesó su crimen y el Arzobispo, aterrorizado por las consecuencias de aquel acto, que supo achacaba a la gitana, enmudeció las voces de su corazón y le suplicó que la salvara. Pero, obstinado en el mal, Frollo se negó.

—Entonces mi deber es proteger a esa muchacha y no a ti—le dijo el Arzobispo.

Los días pasaron y se acercó el del juicio. Esmeralda seguía encerrada en su lóbrega prisión, sin otra comunicación con el mundo exterior que una pequeña ventanilla situada en la pared de la calle. Por ella se asomó Gringoire.

Esmeralda le recomendó que velase por su pueblo, segura ya de cuál sería su sino. Gringoire sólo supo balbucir

unas palabras entrecortadas por la emoción al oír que le pedía perdón.

—Antes de que mataran al capitán Febo, yo ya sabía que no me quería. He sido una tonta.

El significado de sus palabras era demasiado diáfano para que el poeta no lo entendiera. Esmeralda le amaba, pero... no se atrevía a decírselo en aquel trance.

Se alejó al escuchar los pasos de un guardián, asegurándole que iba a hacer todo lo posible para sacarla con vida del proceso. En efecto, mientras el campanero interrogaba a una imagen sobre el modo de salvarla, él se dirigió con una proclama a la imprenta de maese Fisher. Momentos después componían los tipos...

Pero, como si Frollo hubiese adivinado su pensamiento, se abrió la puerta de la imprenta y un magistrado exhibió una orden del Justicia Mayor para destruir la prensa, con lo que desaparecía la última esperanza de Gringoire.

Llegado el día del proceso, no le quedó otro recurso que enardecer a los espectadores conmovidos, que llenaban la Sala del Tribunal, indicando a Esmeralda como una víctima más de la tiranía de los nobles. Pero Frollo le atajó rápida y astutamente, pidiéndole que reconociera una daga. Era la de la gitana. Y en medio de un silencio sepulcral, Frollo anunció:

—Esta es la daga con que se asesinó al capitán Febo.

La prueba era concluyente para los procuradores y los alguaciles. Esmeralda insistió en que era inocente y, en vista de sus negativas, el Justicia Mayor suspendió el proceso para que confesase su culpabilidad bajo tormento.

Luis XI se presentó en la Sala y permaneció escondido, meditando los comentarios del populacho, que afirmaba la inocencia de la acusada, corroborando, por consiguiente, la insistencia del Arzobispo en que presenciara el juicio. Regresó el Tribunal e hizo comparecer a la acusada, que se desplomó en su asiento a punto de desmayarse. Lo había confesado todo y fué condenada a ser ahorcada. Y aunque el rey advirtió que la confesión se debía a la tortura, no pudo protestar el fallo.

El campanero vió, el día señalado para la ejecución de Esmeralda, que el carro que la conducía se acercaba a la plaza de Nuestra Señora. Tras de una corta meditación, se

deslizó con la agilidad de un mono por la fachada, orando por llegar a tiempo. Advirtió, sin detenerse, que Gringoire abrazaba a Esmeralda, y que era apartado con violencia.

La condenada se postró en pública penitencia en las gradas de la catedral y anunció que era inocente. El Arzobispo la mandó levantar, sin consentir que hiciera penitencia no siendo culpable. Pero Frollo, temiendo ser perdido, ordenó que llevaran a Esmeralda a la horca.

El campanero esperó a que el verdugo hubiera pasado la cuerda sobre los hombros de la gitana y asiéndose de una cuerda, que pendía de un andamio, cruzó el espacio, arrojó al suelo al verdugo y regresó a la catedral por el mismo camino, gritando:

—¡Santuario! ¡Santuario! ¡Santuario!

Esmeralda estaba salvada, porque sólo una orden del rey podía derrocar el derecho de asilo. Gringoire intentó vencer al Arzobispo de que le permitiera verla, pero el prelado, al notar su emoción, se lo impidió asegurando que estaba segura al lado del campanero.

La gitana temió por un momento algún mal de mano del jorobado, pero cuando éste le dió de comer y se alejó diciendo que no quisiera asustarla con su fealdad y confesó que la había salvado por agradecimiento, se sintió más tranquila y empezó a nacer entre ellos una rara amistad.

Mientras tanto, los nobles firmaron un documento, exigiendo del rey que suprimiera el derecho de asilo y que ahorcase a la gitana; Gringoire y Clopin, con sus mendigos, también trabajaban, aun cuando en sentido contrario, al saber las asechanzas de Frollo. Y así llegó el día en que Clopin, desoyendo los consejos de su amigo, que tenía su confianza puesta en una proclama, salió al frente de su ejército de vagabundos a conquistar la catedral y rescatar a Esmeralda.

La proclama de Gringoire llegó a manos del rey por conducto de Frollo y al mismo tiempo que el pueblo gritaba en las puertas del palacio pidiéndole que conservase el derecho de asilo. La alegría del rey, ante aquel arranque de su pueblo, fué cortada por la aparición del Arzobispo, que anunció que Clopin se dirigía a destruir la catedral.

El rey montó en cólera y aludió al prelado como el causante de todo por no querer dejar ahorcar a la gitana. Pero

el Arzobispo afirmó que no lo hizo por ser inocente y le fué mandado que declarase el nombre del verdadero culpable, ya que tan seguro estaba de aquello. Frollo y el Arzobispo se miraron y el primero, viendo destruída su venganza por la insistencia del monarca, exclamó:

—Yo soy.

El rey ordenó detenerle, salió y, haciendo seguirse de Gringoire que esperaba su salida, marchó en dirección de la catedral, con sus tropas.

Clopin, entre tanto, había llegado a Nuestra Señora y conminó al Arzobispo a que le entregara la joven. En vista del silencio y habiendo sido reforzado por muchos ciudadanos, golpeó la puerta sin conseguir derribarla.

El campanero descubrió a los mendigos y avisó a Esmeralda de lo que ocurría, diciéndola que en caso de apuro hiciera sonar la campana, única cosa audible para él. Luego voló a defender a su protegida. Arrojó una enorme viga, que aplastó a muchos hombres; los supervivientes retrocedieron sin hacer caso de Clopin. Por fin volvieron al ataque, sirviéndoles de ariete la viga despedida por el jorobado.

Este se movió apresuradamente y envió pesados pedazos de piedra sobre los asaltantes, abriendo gruesas brechas en su masa; no obstante, el ataque se generalizó y tuvo que recurrir al plomo que hervía en una gigantesca caldera. Lo derramó por el suelo y de las gárgolas y los canalones brotó el metal en ardiente lluvia.

Los mendigos retrocedieron asustados por la defensa. Ya no se oía la voz de Clopin, alcanzado por uno de los blo-

ques de granito. Además, desembocó en la plaza la caballería del rey y acabó de destrozarlos. ¡Esmeralda se podía considerar a salvo!

Pro, no. Vibró una campana y el campanero saltó como un tigre hacia el lugar en donde dejara a Esmeralda. Había desaparecido. Trepó rápidamente por las escaleras de mano y distinguió el borde de un zapato negro que empujaba la escalera. Gracias a un milagro de agilidad, se asió a una cuerda, trepó por ella y puso el pie en terreno firme. Tampoco advirtió a nadie. Con infinita cautela dió la vuelta a un pilar y Frollo brotó a sus espaldas enarbolando un puñal. El campanero le retorció la muñeca y con un poderoso esfuerzo, lo levantó sobre su cabeza y lo lanzó al vacío.

Frollo había muerto.

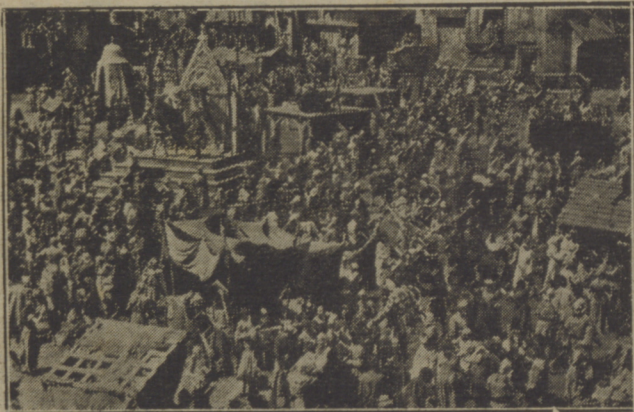
Gringoire anunció al pueblo de París que el rey había perdonado a Esmeralda, pero su alegría desapareció al conducirle la reina de los mendigos al sitio en que agonizaba Clopin, que expiró en sus brazos.

Regresó a tiempo, a tiempo para ver agradecer a Esmeralda al Arzobispo cuánto había hecho por ella. Pero éste negó su participación, mencionando como a sus salvadores al campanero y a Gringoire, que recibió el pago inmediato de sus penas en forma de amor eterno.

Y mientras ambos jóvenes se alejaban hacia la dicha, el campanero los observaba desde lo alto de la catedral. Después dijo, llorando, a la gárgola que rodeaba con su brazo:

—¿Por qué no soy yo también de piedra como tú?

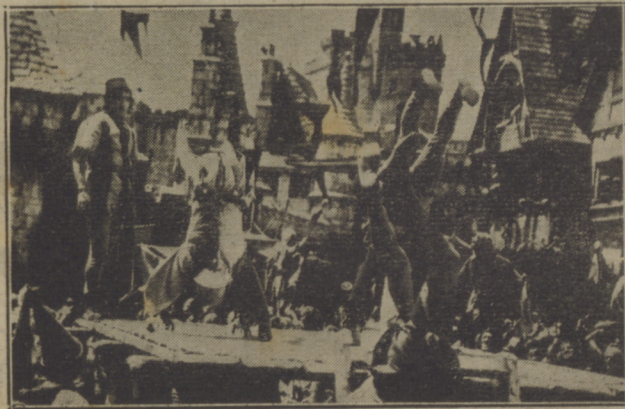
Números publicados: El signo del Zorro - El libro de la selva - ¡Qué verde era mi valle! - El hijo de Montecristo - El capitán Cautela - Estudiantes en Oxford - Cumbres borrascosas - La jungla en armas - El ladrón de Bagdad - Marineros a la fuerza - Esmeralda, la zingara



La enorme plaza erigida en escenario del festival se llenó pronto...



...de gentes ávidas de distracciones...



...que les ofrecían los juglares y atletas.



Los nobles acompañaron a Luis XI y a Frollo.



...la hermosa Esmeralda bailaba ante el rey y los cortesanos.



*...siendo admirada por toda la nobleza y más que todos
por el apuesto capitán Febo.*



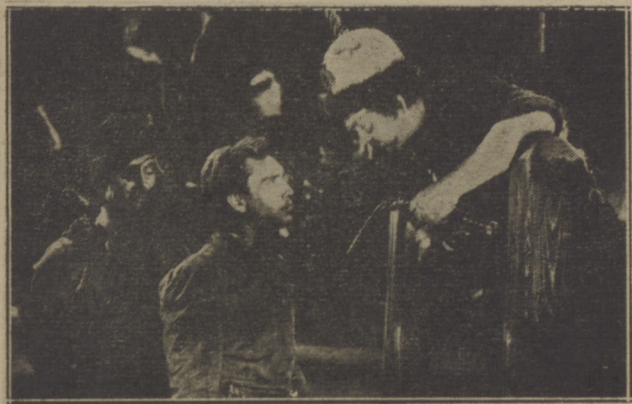
El Justicia Mayor quiso intervenir.



...y se llevó al campanero a la Catedral.



*El rey, mencionado varias veces por la joven,
salió de una capilla...*



Suplicó que le dejaran con vida.



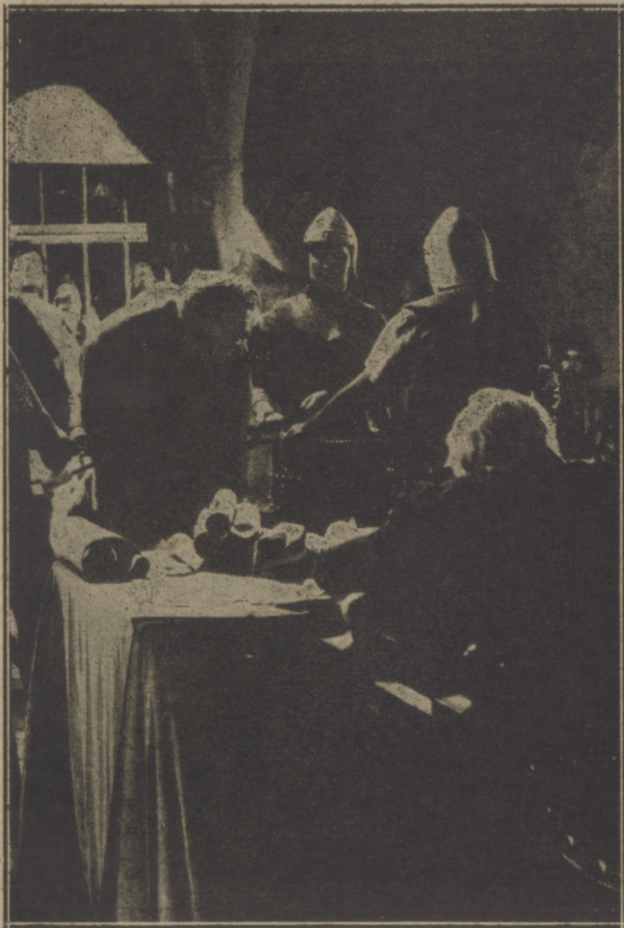
La reina propuso, para salvarle, que alguna de las mujeres de la Corte se casara con él.



Consintió en ser su esposa.



Esmeralda solamente se había casado con él por lástima.



Fué presentado al juez ordinario.



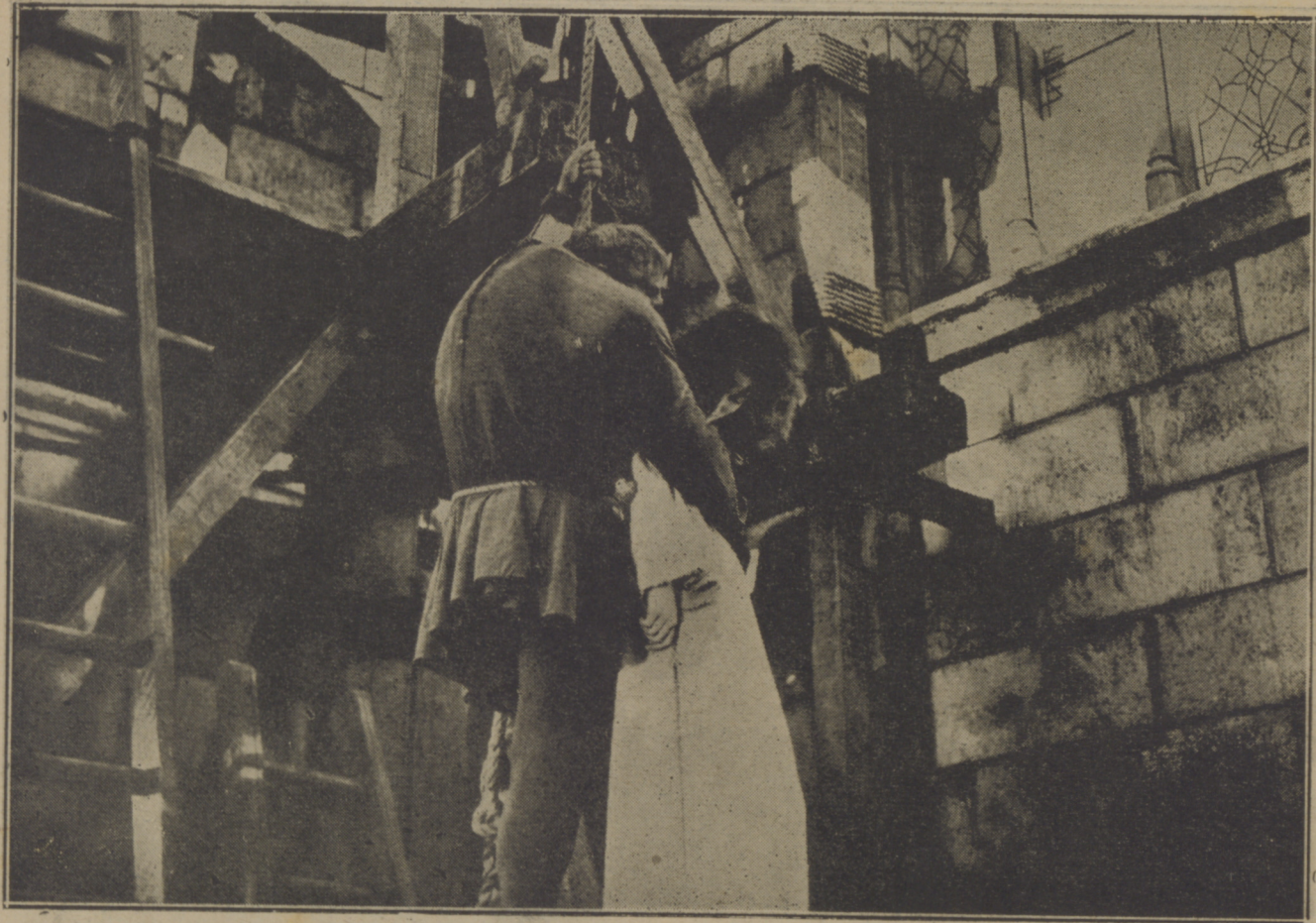
Dieron comienzo a su castigo.



Se postró en pública penitencia.



Gringoire abrazaba a Esmeralda.



—¡Santuario! ¡Santuario! ¡Santuario!



Arrojó una enorme viga, que aplastó a muchos hombres.



...volvieron al ataque, sirviéndoles de ariete la viga.



Tuvo que recurrir al plomo que hervía.



De las gárgolas y los canalones brotó el metal.



Le retorció la muñeca.





Cubierta, Imp. M. PELLICER

Muntaner, 111-Teléfono 76132

SERIE
"PELICULA GRAFICA"